ANGEL GUINDA

LA SENDA

INSTITUCION «FERNANDO EL CATOLICO»

ZARAGOZA

1974

autor de este libro, a quien la Institución "Fernando el Católico" (del Consejo Superior de Investigaciones Científicas), órgano de Cultura de la Excelentísima Diputación Provincial de Zaragoza, acaba de otorgar el V Premio "San Jorge" de Poesía convocado para reconocer el mejor libro de autor aragonés o residente en Aragón, es un escritor de veinticuatro años, el más joven que haya obtenido el citado premio. Nacido en Zaragoza, inicia su carrera literaria a los dieciséis años, colaborando con poemas, cuentos, artículos y ensayos en periódicos locales y revistas especializadas del país y de América Latina. Desde sus comienzos he tenido la posibilidad de conocer su producción literaria.

Poeta con un gran afán renovador, buscador de palabras nuevas (**imploxión, autentimidad, hoRRizonte...**) para conceptos nuevos, ha definido la poesía como **"revolución nacida de un exilio mental, de una metástasis del silencio, para dar al mundo lo que en cada momento necesita".**

Con "LA SENDA" se cierra un ciclo de la obra poética de Angel Guinda en el que se incluyen: "La pasión o la duda" (Zaragoza, 1972), "Las imploxiones" (Bilbao, 1973), "Acechante silencio" (Zaragoza, 1973) y "Encadenadamente liberándonos" (Vitoria, 1973). Ciclo de un clasicismo distinto, con matices de poesía concreta y un simbolismo sutil junto a brotes informalistas y una gran carga existencial. El segundo ciclo, al que pertenecen sus libros —en prensa—: "Lucubraciones del joven imploxivo" y "Cantos en el exilio", representa en la trayectoria de Guinda un sorprendente giro por su acento de anticipación y de choque entre una abstracción onírica y una realidad no tanto transformada como conscientemente afirmada con un fuerte carisma patriótico y universal-socializante.

En el centro de ambos ciclos, si bien más adherida al pri-

La versión original y completa de esta obra debe consultarse en:
https://ifc.dpz.es/publicaciones/ebooks/id/0720

Esta obra está sujeta a la licencia CC BY-NC-ND 4.0 Internacional de Creative Commons que determina lo siguiente:

- BY (Reconocimiento): Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

- NC (No comercial): La explotación de la obra queda limitada a usos no comerciales.

- ND (Sin obras derivadas): La autorización para explotar la obra no incluye la transformación para crear una obra derivada.

Para ver una copia de esta licencia, visite https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es.

LA SENDA

Colección "San Jorge"

6

Premio

«San Jorge»

1973

ANGEL GUINDA

LA SENDA

Institución "Fernando el Católico"

Zaragoza

1974

Publicación núm. 578
de la
Institución "Fernando el Católico"

IMPRESO EN ESPAÑA
Depósito legal: Z-301-74. I. S. B. N.: 84-00-4.004-X

Talleres Gráficos "La Editorial". Coso, 70. Zaragoza. 1974

"Lo que bien amas no te será arrancado,
lo que bien amas es tu auténtica herencia..."

EZRA POUND

La senda que recorro
no va a ninguna parte, acaso busca
otro universo:
el mío.

A

Convocación al ensayo

CUANDO la palabra es tierna
como carne de niño
dúctil
maleable
démosle forma
en el laboratorio
de la imaginación
Ensayemos sintagmas
aleaciones nuevas
de monemas ansiosos
de *metaeternidad*
Cuando la palabra es aún
cartilaginosa
busquemos esa voz
que nos *comunifique*
esa voz para el canto
de nuestra vida
toda

B

Vida consumo y muerte necesito

NACÍ tatuado con tu signo,
muerte,
nací lirio o escarcha,
boca que besa y dientes con que siembro.

Dios me llegaba siempre atardecido,
Dios me nacía siempre rama o cuna.

Acechábanme
múltiples
panoramas de sendas,
y siempre que mis pájaros cantaban
yo erraba por la tierra,
peregrino
latir de sangre sobre arcilla y ruejo.

Despertaba al dolor tozudamente
a respirar el aire
de otros pechos,
llevé atada la muerte en mi árbol óseo
fermentando la pugna
voraz
de mis vectores.

Dios me llegaba siempre atardecido,
trance desde a luz hacia la sombra,
cáliz de soledad,
túnel de niebla,
alarmante silencio fecundando
con bautismos de tierra mis raíces.

Autoanálisis

LA raíz de mi vida está en la tierra,
tierra cubre a mi madre,
tierra en forma de carne clamo al cielo
para el cuerpo del hijo
que deseo y no llega;
tierra mastico
y aun si vomitara
tierra con bilis sé que arrojaría.

Gametos de dolor surcan mi núcleo,
el dolor que me ataca es del tamaño
de la voz con que luchan mis verdades;
el dolor me alimenta y me madura
como una soledad hecha guerrilla.

Soy solitario y solidario,
a cuerpo voy y aguanto la embestida
sin perderle los cuernos nunca al toro.

En mis ojos no cuaja la legaña,
no se atasca la tierra en mis arterias
y estoy siempre esperando
la mañana.

C

L u z

TOCO la luz,
isósceles desnudo, tacto abierto,
trenza de sangre que coagula y vuela,
brocal que
bajo el cielo
nos designa,
abismo vertical,
elenco de las cosas;
alondra que no encuentra sitio exacto
donde posarse a contemplar el mundo,
pez que naufraga siempre en nuestros ojos.
Toco toda la luz.

Sospecha de la muerte

TODO
se hace temblor
hacia la muerte,
pormenor de silencio
fecundante;
todo
se hace quietud,
todo
está siendo
enajenada duración
del cosmos.

Mi juventud,
Señor,
de tan eterna
va a quedarse en camino
de la rosa;
sólo el dolor
fue adulto en mi existencia,
adolescente
todo lo demás.

Sé
que mi porvenir
no tiene
altura,
que he de comunicarme

con el suelo
porque la tierra es sólo
mi heredera
y mi conflicto
es una soledad.

Subastaré
a los pájaros
mi risa,
y entre juncos,
colmenas
y cipreses
levantaré mi estatua
de polvo
subterránea.

Tengo,
Señor,
sospecha
de la muerte.
Sé
que voy a morir
pues necesito
tanta muerte
como vida acuso
para enrolarme en tu misericordia.

Dame,
Señor,
el pulso necesario
para aceptar el reto de tu cara oculta
y escalar
duda a duda
tu vértigo de nube
como ofertorio
de tierra
puesto que tierra
soy.

A i r e

TRANSEÚNTE
vital,
fleje que ciñe sol
en la mañana,
oh incesante,
invisible.

Yema
que esculpe labios,
biseles roza y hiere
habita *rocaestrías*
e
inmóvil
soledad
de las azumbres.

Cónyuge
para el vuelo,
a través suyo
capto
rayo y lluvia.
Todo es matriz ahora,
signo pleno
para un súbito
trance
de siringes.

Solo-total,
inabarcable-mínimo:
Yo
lo llevo
olvidado
entre mis manos.

L u e s i a

OH tú,
enhiesto subconjunto
de prismas y pirámides
donde infinitos pájaros
rozan
vértices,
ángulos,
aristas
y la lluvia
deslíe los colores
o ese viento.

En tu tuétano blando
crece el hombre,
crece un hambre de ser,
de realidad
y un iceberg de sueños
cómbase hacia el silencio,
hacia la luz.

¡Templo
de soledad,
no te desmedres!
Pensil
sobre mi sangre
eternízate.

Los ruejos

LOS ruejos
son las tildes del paisaje
echados
a lo largo de la ruta,
cortantes como besos,
inicial instrumento
de los niños
para aprender
la guerra.
Tatuados
por la lluvia,
las pisadas,
viento
y zulla,
atril donde los pájaros se encelan,
cangilones de polen.
Con su color
de pámpano
y estiércol,
yacimientos
de luz reverberada.

La tarde

OBLICUO el sol,
el mirto,
ese oliente rizoma
de las juncias.
Oblicuo el aire,
el légamo
aliándose al tamo de la espiga.

Alto silencio en trance
a pomo abierto,
tristeza de la mano
que no toca,
consagración furtiva
del poniente.

La tarde es una forma
de agonía.

Cerezo

TUS undívagas
hojas
aserradas
cortan
vientos
azules
cuando
es alta
la tarde
y el sol
paralelamano
que desciende
sobre las cosas
casi
sin tocarlas,
sobre
tus
florumbelas
sin variar
su
estatura,
sobre
tus drupas
casi
sangre
dulce
y esférica.

No eres
sombra
en la senda
junto a glumas.
Eres
un árbol
colectivo
y bueno:
arma, bandera,
signo del estío,
pulso plural
que
bajo el cielo
dudas.
Advenimiento
grávido
de Dios.

Soledad de la carne

SEÑOR,
mi carne joven,
mi carne planetaria
que el sol bruñe,
esta piel tersa
acostumbrada al aire
¿no dejará heredero
de sus golpes?
¿no anunciará
su aurora a otro destino?

¿A quién
ofreceré la mies caliente
que cobija
mi sangre enfurecida?
Dime,
Señor,
¿acaso
no ha de nacer
la luz
que me traslade
a la muerte
y ocupe el sitio mío?

Noche sin luna
y soledad
convocan

mi corazón
a la melancolía.
Estaré triste, Dios,
estaré triste:
lodo sin sucesión
volveré al lodo.

Monte

TURBADO de su altura
abunda el monte,
accidental,
en bridas.
Enárcase total, flébil,
compacto,
al mínimo
volumen poliédrico
del ámbito
que sitia.
Dominio flavo
que se transfigura
a cada instante
o toma de presencia,
deseo ovoide,
cifra,
erecto pulso,
ñoclo,
pecho *dable*,
vigía de un exilio
a raíz quieta,
justa péndola
que una brisa toca,
que
una lluvia
se ciñe a la cintura.

Río Arba de Luesia

Agua de agua sólo,
agua de viaje siempre...

¿QUIÉN
te dio movimiento,
juventud,
ansia,
agresividad?

¿Quién
te empentó
a la mar
desde la cúspide?
¿Quién
sitió
tu albedrío
encauzándote?

Sudores cereales
escoltan
tu dolor
y ya tus aguas
hurtan *marroneidad*
para que el campo engendre
raíces de pasión,
no de aspereza.

Incides
en mi piel
con ese aire

de bieldos
y coyundas
que llevas,
con ese aire
de jaraiz olvidado
que entreocultas.

Te deseo mi azar,
río
del pueblo:
Que aciertes
al morir
la singladura
y en la mar
te fecundes
a ti mismo.

Hija mía

PROFECÍA en mi exilio
surges siempre
mirando
la clepsidra,
persiguiendo
diedros de la tarde.

Muchacha,
te recuerdo
correr por las vaguadas
con tu vestido
azul,
tu viento,
tus ventanas,
tus palomas.

Tenías
tan grande el corazón
como un país saliéndose del mapa,
y la mirada
encinta
en *turbidez*
solar
de octubre.

Hoy abrazo la tierra
bajo cuyo dominio
tu carne
redivive,
y presiento tu pelo

acariciar mi piel
como melena
de lluvia
o *brisazul*,
tu zócalo de flores
y tu sangre caliente
donde beben
mis pájaros.

Constelación del ritmo:
que nadie paralice
tu baile por almiares,
hoyancas
y labruscas.
Ya comenzaron
a calamonarse
biznagas,
altramuces,
tagarninas,
albérchigos,
acantos,
correhuelas.
El esqueje
plantado
por mis sueños,
hija mía,
murió.
Mas yo
te pensaré
muchacha súbita,
esperaré tu nacimiento
siempre
como si hubieras
muerto
y un terso gotear
de estalactitas
te bañara la risa
eternizándote.

C r e a c i ó n

YO acostumbro dormir con la ventana
abierta al *airemás,*
y cuando el sol es una baza nueva
que jugar a la vida
los pájaros me entregan su albedrío
y se pasea el viento por mi frente.
Yo acostumbro dormir con la ventana
abierta a la palabra que madruga
derrotando el silencio de mi carne.

A c a c i a

MADURO corazón,
piel terca,
flores en racimo
y penígeras ramas
hambrientas de su viento
cual un zaguán
de trinos.

Como un toro acosado
asiduatristemente
me he llegado a su cerco
a conversar
a solas
con el hijo:
"Esto es aire, esto es tierra,
esto es agua, esto es luz."

Y ella me acompañaba
con su magia
dominando ceñiglos, azaleas,
sembrando libertad
en mi gayola.

Por su savia caliente
corre el nublo
deseo

de mi vida,
surge como un presagio,
un filadiz,
un cierto olor a alhorre
que me alienta.

Acacia juguetona:
tú romperás
el cancro
de mi mente
y harás que no abandone
la carrera
mi afán
de dinastía.

Tú en el paisaje

NO es una trenza un pájaro,
no es el viento un nivel;
tienes el pelo negro
como un trozo de noche,
los labios arcillosos
y las manos tan frías
como un temblor de puerta
cuando los trenes pasan.
Esquila de las eras,
concéntrica ignición,
yedra verde amarilla
trepadora
del árbol de mi sangre.
Tierra caliente:
Tú.

Marea de los trigos

NO temblaban mis ojos,
no el aire,
no el surtir
bajo ruejos
del manantial perenne.

No temblaba la luz.
Temblaba el trigo
terrígeno,
inclinado
hacia lo súbito
total:
piel verde estremecida,
pájaro que en mi voz
intuyó el vuelo,
vertiginoso mecimiento
de vaivén,
de *voyvoy*.

No temblaban mis ojos.
El ámbito era un haz tornasolado,
un éxtasis
gramíneo,
un fruto
belicoso,
un rumor
surto.

Catarsis

ME he quedado,
Señor,
sin horizonte.
Más allá de mis pasos
¿qué mañana
enronará
de pájaros
mi boca?
¿qué persiana,
qué niebla
arañará perfiles
a la luz?

Sitio de soledad
me he quedado
doliéndome
de hostiles gineceos que me acechan
la juventud
fugaz
de mis latidos.

Me he quedado,
Señor,
con lo que llevo:
esta *imploxión* tenaz,
este enjambre
de androceos estériles.

No me prives,
Señor,
de este dolor
que ya se ha acostumbrado
a mis camisas,
que ya está hecho a mi tabaco,
mío
como mis gestos,
mi forma de charlar.

De este dolor,
Señor,
que cuanto más me duele
más me alivia.
Atroz,
de este dolor
tan verdadero.

Colmena

HUELE a conjunto, clorofila,
a secreción de luz y buen oficio,
a baya abierta y polen:
Es la colmena.

Obradoras
adentro
las maesas
labran panales,
labran
su propia celda
libres,
jovialísimas.

Hay un vaho
impreciso
en el ambiente:
Olor a pulpa, brisa, cédrides,
a cera y miel con avaricia de alas.
Y un rumor de ordios cunde por las eras.

S e m i l l a

DE la mano caída
comenzaste
a ser propagación,
a ser futuro,
pues te esperaba el surco desde siempre
y la lluvia y el sol
para nutrirte.

Acuérdate
de mí
cuando germines,
cuando tu instinto seminal
dilate
el santuario núbil de la tierra.

Acuérdate
de mí
cuando tu estirpe
aumente su estatura
y yo
no tenga
memoria de mi carne.

Junco

AGUJA
vertical
que miras nube,
cilicio contra el aire,
mínimo
cáliz
duermeluz
donde
el azul del cielo
apresúrase
a perder su volumen
y se instala.

Recuerdas
sólo
el río y sus meandros,
no sabes quién te azuza la tristeza
ni qué te hace
disjunto
de ese vuelo.

Sabes
que eres
triste,
que estás atado

con la tierra
y tu liberación
vale tu muerte.

Cilindro
corporal
verde
cimbrante:
¿Por qué
el tiempo
naufraga en tu perfil?
¿por qué
nunca
estás solo
estando
solo?

Plegaria por la transmisión de la vida

Ah, Señor, a ti clamo:
no te me hagas el sordo, roca mía.

(SALMOS, 27, 1)

DAME,
Señor,
ese cáliz de tierra habitada de espíritu,
ese trono de vida a quien dé mi apellido,
esa senda no andada que recoja mis pasos.

Dame,
Señor,
la indeleble memoria que me afirme en el tiempo,
las manos que me vistan el día de la muerte
y mantengan abiertos mis párpados al aire;
esa boca que rece lo mismo que yo rezo,
los pasos que regresen a mi casa vacía.

Dame,
Señor,
la lengua de bravura que recobre mi canto,
los ojos que cosechen el humo de mi fe,
la furia poderosa que arrase la injusticia
ya que yo he sido débil, Señor, y no he podido.

Dame,
Señor,
la gracia

de sentir sobre el vientre de mi mujer el cauce
de una vida estallando de tanto ser caudal.

Y cuando nazca el hijo,
Señor,
si Tú lo quieres,
no le llegues, Señor, atardecido.

Otoño

ALAMOS rojos.
Tiene
la tierra una ambición
de lluvia
que dificulta
al sol
su calor nutritivo.
En el hogar
oscila el candeliz
mientras
el hombre
pregunta por sus muertos al silencio.

¡Qué cotidiana
tos
la del anciano
que repartió
la tierra
entre los suyos!
¡Qué puerta
tan enorme
la del niño
que
al subir de la calle
mira el fuego
e ignora
por qué alumbra,
por qué quema!

Nada amargo naufraga en el pasado.
Cada dolor
nos trepa por un hueso
y nos duele más último.
Es un otoño más
grismente gelatinoso
y manso
que retorna
para la tos del viejo
y la puerta del niño.

Es un otoño más
escupiendo raíces
de víspera y temblor
hacia el futuro.
...El futuro
¿qué es
cuando se está de paso
y sin regreso?

Música silvestre

EN el nogal
tiemblan
escueznos
y escacilan
al aire
buitres,
cuervos.

Elitros,
siringes,
plumas
dan a las horas ritmo
agudo
y estridente.

Grillo,
viento
y cigarra
zurcen su *genicanto*
bajo grosellas
y solares cálices.

¡Sonoridad
gimnástica
para
la tarde
en vilo!

C a m p o

OCULTA el frijolar
un triste encanto,
una furia
de sed,
un golondro
de lluvia.

Contra la hiriente
tozudez
del sol
desenvaina
sus ojos,
sus premisas,
sus rezos.

Mas su condena es ser
horizontal,
espera,
grito inválido,
abarcador
del tiempo y de la altura.

L l u v i a

OH tacto transeúnte que resbalas,
rozas inerme,
huyes
en mirlos de papel o *vientoluz.*

Mínimo olvido, vertical al aire,
sin voluntad
esculpes escalados,
lavas
la piel azul de los almendros,
golpeas en el vidrio,
en raíces te ocultas
y
transformada en hielo
te resumes.

Oh vasta,
sola,
triste,
transparente.

El pueblo

AQUÍ se existe
más
claustrabiertamente
al aire.
¡Cómo cunden las horas!

Estuario soledad
nútrome
ebriamente de luz.

¿Cómo surgió,
mujer,
este amor,
esta
inmanencia,
este
clandestino vértigo,
las manos
que no hacíanse
tactodilatación?

Sólo
aquí
es posible
la *autentimidad*.

Vaca

NACISTE
para el verde
país de yuyo
que en el monte aguarda
más allá del alfoz
donde ancla el río
su memoria
y camina.

Buena
como las piedras,
humilde
como el ipil,
parécense
tus ubres nutritivas
al viburno
extendiendo
sus raíces.

Caígame como lluvia
en la sangre
tu leche fecundante,
y hágame vivo
que genera vida,
hembra de vientre mampel,
como la muerte mansa,
como la muerte sola.

El viento

Fabueño vagabundo
que rompes mi temblor...

RÁFAGAS aerodinámicas
golpean en mi piel
violentamente
cuando pregunto:
¿qué
ion
azul
veloz
urdió
mi infancia?

¿Adónde fue la usagre en mis encías?
¿Qué pájaro
voló
mi pecho de uñas?
¿Quién se atrevió a decirme
que no hacían los árboles
el viento?

Hoy es
mi mano,
ayer
fueron las hayas.
El aire está en su sitio,
el aire
está
total en todo el ámbito.

La nieve

¡QUÉ sola el agua junta, la doliente
agua sin ritmo haciéndose blancura!

Toda la luz, toda la luz posible
siendo racimo coloquial del aire.

Mano plural que acierta a desnudarnos
de oscuridad el alma cuando cae.

Nieve volando sobre el pueblo solo,
venciendo ramas, clausurando surcos.

Nieve si apenas pulso, apenas sangre
para que no se pudra la tristeza.

Costumbre y albedrío del silencio
que quiso ser ausencia y altitud,
que quiso ser pequeño y se hizo cuerpo,
tacto en forma de copo siendo flor,
siendo fruto sin dientes, siendo lluvia.

N o c h e

COMO giste
sin labio
que lo ciña,
aparecida
piel
libre de tacto,
vientre hiemal,
cimbel
que atrae
al hombre
hacia su centro solo
y sorprende los pasos
sin camino.

Como droga
cargada
de silencio.
Como anestesia que devuelva
al mundo
su pulso y su verdad.
Mano súbita.
¡Oh,
tú,
aparecida!

Ciprés

¡MÁS cima, más vértice, más luz!

Agilísima copa trepa al cenit
yente al azul, resumen:
puya perenne, decisiva, tersa
contra el pulso del aire.

Más aún.

Atalaya o andamio
para un perfil
de rayo. ¡Más azul!

Múltiple cumbre. Aguja.
¡Cuanta más altura,
más!

¡Más cima, más quietud!

A l o n d r a

YO te daría más, yo te daría
tanto más cuanto menos me pidieras.
Tienes el aire todo para ti,
igual te da una rama que un alféizar
donde posarte; tuyos
son la lluvia y el monte, contra toda
mi sangre-voz tienes tu libertad,
tienes tu canto solo
siempre más nuevo cuanto más lo esplendes

Eres huida y búsqueda, refugio:
No encadenas a nadie
ni nada te encadena; tú inauguras
el alba, ave sin pulso. Yo quisiera
hacerme nido por sentir el tacto
más virgen de tus alas. Pero dime:
¿qué horizontalidad te hizo rotunda?
¿qué mano temblorosa te dio el norte
de la estrella que no conoció rumbo?

Yo te daría más, yo te daría
tanto más cuanto menos me pidieras.
Te daría por nada
mi alma de eternidad, pero no puedo:
Tuya es la copa, mía la raíz.

Torrente

SIN linaje
desciende impetuosa
el agua acumulada
allá
en la cima:
dúctil,
fluyente,
sin memoria,
sola.

Exalta,
actual,
su música,
su avidez por el légamo
que esculpe,
su albedrío
total,
incontenible.

Sin números
ni siglas
rige sus brazos
hacia la planicie,
todo perfil.
Afán vertiginoso
en nupcias
con la tierra.

A l a m o

ENAMORADA sangre
tiembla el álamo
como vértigo
o miedo
que amenaza,
como llovizna
que interrumpe
un beso.

Tiembla el álamo
a cercén,
leve cénzalo,
como cabello turbio
de mujer,
ala o mimbre,
piel,
ázoe.

El álamo no duerme,
no respira;
canta
y no cesa de temblar,
no cesa,
como si su estatura
delirase

entre tanto tumulto
vegetal,
tanta mies,
tanto trino
y vómito
de luz.

Cementerio

AQUÍ cabe
la muerte
más entera.
La soledad
aquí
es una vacuna
para el yerto estiaje de la sangre.

¡Tú qué sabes,
encina,
de la vida!
¡Qué sabes tú
si el corazón
no duele!
Tanto tiempo enraizada entre esqueletos,
¡qué sabes
si la muerte
es una puerta,
una anestesia,
un trago!

Estoy vivo,
soy hombre.
Antes que sea tarde
rezo,
voy
a solidarizarme
con mi ausencia.

Persiana

DETRÁS de ti está la mañana toda
con su altura de pájaro
y un núcleo
de fruto, margen, luz.

Detrás de mí,
la tregua:
todo y nada.
Mis gérmenes violentos
sólo buscan
penumbra,
exilio,
soledad.

Dios me llegaba siempre atardecido

DIOS me llegaba siempre atardecido,
secretamente solo, de la sombra
de un viento azul en polen,
secretamente nuevo
como pájaro oculto en un ciprés.
Dios me llegaba siempre en el *subtrance*
de avivarme la fe que se extinguía,
y me colmaba el alma de su júbilo
llevándome a la vida de su mano.
Dios me nacía siempre por encima
de algún dolor que se instalaba próximo
a la flor de mi boca abriendo voz.
Dios era mitad cumbre, mitad mar,
enamorada prisa de rozarme
al aceptar mi corazón y hacerlo
total y cierto amor no merecido.
...Hoy, regresando solo por la senda,
hoy que he visto cerradas las ventanas,
la puerta, todo
cuanto en mi casa solía estar abierto
me he puesto triste al pensar
si Dios
no me llevaría de su mano
a contemplar la muerte en su presencia
y no me marcaría con su sello.
Dios me llegaba siempre atardecido.

I N D I C E

Pág.

A)

Convocación al ensayo 11

B)

Vida consumo y muerte necesito 15

Autoanálisis 17

C)

Luz 21

Sospecha de la muerte 23

Aire 25

Luesia 27

Los ruejos 29

La tarde 31

Cerezo. 33

Soledad de la carne 35

Monte 37

Río Arba de Luesia 39

Hija mía 41

Creación 43

Acacia. 45

Tú en el paisaje 47

Marea de los trigos 49

Catarsis 51

Colmena 53

Semilla 55

Pág.

Junco 57

Plegaria por la transmisión de la vida 59

Otoñc 61

Música silvestre 63

Campo 65

Lluvia 67

El pueblo 69

Vaca 71

El viento 73

La nieve 75

Noche 77

Ciprés 79

Alondra 81

Torrente 83

Alamo 85

Cementerio 87

Persiana 89

Dios me llegaba siempre atardecido 91

Se acabó la impresión de
La Senda el día 20 de
marzo de 1974, festividad
de San Ambrosio.

LAUS DEO

mero, "LA SENDA" significa un sólido fruto de la fusión entre el realismo y el barroco españoles con una acertada revitalización de palabras vernáculas que hacen del libro un cuerpo muy aragonés sin perder ibericidad. Con la escisión de versos heptasílabos, endecasílabos y alejandrinos, Guinda consigue un ritmo vívido impregnado de una extraña sobriedad. La abstracción purista de la Naturaleza, la muerte, el dolor, la libertad y el hijo no nacido son las columnas fundamentales del armazón temático de "LA SENDA" en medio de una religiosidad sincera y una filosofía yoísta resumida en la introducción del libro: **"La senda que recorro / no va a ninguna parte, acaso busca / otro universo: / el mío".**

Una Obra. Un serio afianzamiento en la Literatura, acertadamente reconocido por la tierra de su autor.

Isabel CASTET

COLECCION «SAN JORGE»

1

ROSENDO TELLO AINA

Fábula del tiempo

2

GUILLERMO GUDEL

Egloga nueva de la tierra propia

3

JORGE JUAN EIROA

Tierra adentro

y

Ese extraño temblor

4

MIGUEL LUESMA CASTAN

En el lento morir del Planeta

5

ANTONIO CASTRO Y CASTRO

Distancias

DIPVTACION·DE·ZARAGOZA·INSTITVCION·FERNANDO·EL·CATOLICO·DE·LA·EXMA·

C. S. I. C.